

El señor Hanor, ilustre profesor y bibliotecario de Dantzig, ha combatido, con todas las ventajas que puede dar la verdad, las supersticiones y prejuicios de la mayor parte de los pueblos antiguos y modernos, relativos al retorno de las almas y a las apariciones; y, sin embargo, cuenta con la mayor gravedad la fabulosa aventura que, según él, le ocurrió a un joven llamado Flaxbinder.

Este joven, cuya incontinenencia y libertinaje eran sus únicas ocupaciones, se encontraba ausente una noche de su casa; su madre, al entrar en la habitación, percibió a un espectro que se parecía tanto a su hijo, en la cara y en el aspecto, que le confundió con él. El espectro estaba sentado junto a una mesa llena de libros y parecía profundamente absorto en la meditación y la lectura.

La buena madre, persuadida de que veía a su hijo, y agradablemente sorprendida, estaba disfrutando de la alegría que le proporcionaba este inesperado cambio, cuando, de repente, oyó en la calle la voz del propio Flaxbinder, que estaba viendo al mismo tiempo en la habitación.

Al principio, se asustó horriblemente, después, al observar que el que interpretaba el papel de su hijo no hablaba, tenía el semblante sombrío y taciturno, y los ojos extraviados, concluyó que debía de ser un espectro; y como esta evidencia aumentó su terror, corrió a abrir la puerta al verdadero Flaxbinder.

El joven, que venía de pasar una noche de desenfreno, entró haciendo ruido en la habitación. Ve al fantasma, se acerca, y el espíritu no se inmuta.

Flaxbinder, petrificado por la visión de este espectáculo, toma al momento, temblando, la resolución de alejarse del vicio, renunciar a los desórdenes y entregarse al estudio; en una palabra: promete imitar al fantasma.

Apenas concibió este loable propósito, el espectro sonrió de una manera horrible, arrojó los libros y se desvaneció. En cuanto a Flaxbinder, cumplió su palabra y se convirtió.